

LETRAS

Vuelta a empezar ⁽¹⁾

POR ANTONIO RODRIGUEZ-MOÑINO

(FRAGMENTO DE UNA CARTA DIRIGIDA AL NONNATO GRUPO DE
AMIGOS DE BADAJOZ, LA CUAL NO TIENE RELACION DIRECTA
CON EL CONTENIDO DEL PRESENTE LIBRO)

.....

Tiene su sino el pasado badajoceno anterior al siglo XIX. Parece como si una capa impermeable y opaca cubriera toda su extensión cronológica, dejando tan solo sobresalir cuatro o cinco machones a los que, invariablemente, amarran su barca los contados eruditos que se ocupan de nuestras cosas: una colección de tópicos señeros, alrededor de los cuales no hay nada. Así, en lo histórico, del Reino árabe de Badajoz pasamos a los Bejaranos y Portugaleses y de aquí a los Conquistadores para saltar desde ellos hasta Godoy.

En lo artístico sucede exactamente igual. Repasando los repertorios más usuales solo apreciamos los nombres de Morales *el Divino*, y Zurbarán. Quien más ahonda, airea las viejas noticias de Ponz, Palomino, Ceán, Mures, Estrada, Rubiales. Y en torno a estos verdaderos tópicos, un silencio desconcertante, cuando no una fantasía desbordada. Parece como si nuestro pueblo no tuviera historia, como si no tuviera literatura, como si no hubiera producido artistas.

Claro está que los autores de obras de conjunto no pueden descender al detalle y realizar labor investigadora para cada uno de los párrafos de sus libros respectivos. Estos no pueden hacerse sino a base de monografías espe-

(1) Prólogo del libro «Don Iñigo Antonio de Arguello Carvajal (1622-1685)».—Badajoz, 1947.

ciales fundamentalmente logradas por la erudición regional o local. Sin una labor poco brillante de exhumación de datos escondidos.

Desgraciadamente en Badajoz padecemos desde hace muchos años la enfermedad de la síntesis y las grandiosas construcciones. Por sistema se desdén descendir hasta el modesto papel de archivo o el poco atildado infolio de biblioteca y suele acometerse la preparación de un estudio psicológico global, a base de vaguedades infundadas. Todo lo que no sea ésto se mira con un poco de conmisericordia desdeñada.

Esta posición, muy propia y característica de una época del siglo pasado, ha sido superada ya en todas partes, menos en la nuestra. Cuando hace treinta o cuarenta años reaccionaron las investigaciones regionales, acaso de una manera algo excesiva, y prefirieron la búsqueda de lo inédito, seguimos divagando amablemente sobre nuestros magníficos tópicos: Morales, los Conquistadores, Godoy. Y al cabo del tiempo en la mayor parte de España se va forjando, lentamente, el acervo de la aportación a lo nacional a base de datos seguros, indestructibles, se va perfilando el pasado de cada región, provincia o pueblo y se posibilita el estudio de conjunto de la historia, literatura o arte españoles.

Pero como nosotros no hemos hecho más que discurrir—muy lírica, muy evocadoramente, eso sí—, sobre nuestros valores universales, o al menos sobre los que por tales tenemos, nos encontramos con las manos vacías y defendiendo a capa y espada unos conceptos trasnochados. La media docena de monografías verdaderamente buenas que se han redactado sobre temas badajoceros anteriores al siglo XIX en los veinte últimos años son obra de personas estudiosas que han huído de las evocaciones líricas y vacías de contenidos: destacantes Matías Ramón Martínez, Jesús Rincón, Tirso Lozano.

Ahí están intactos nuestros archivos, públicos y particulares, esperando que a algún paisano se le ocurra contrastar lo que escribe con los documentos mismos. Pero esto es tarea erudita, de faquín, poco propia para los brillantes expositores de un supuesto pasado. Solamente a esta subversión total de conceptos en lo que se refiere a investigaciones biográficas se debe el curiosísimo hecho de un escritor, natural y vecino de Badajoz, que imprime año tras año artículos biográficos sobre un ilustre paisano, llenos de cábalas, conjeturas y suposiciones. Y lo verdaderamente notable es que al principio de la calle en que vive hay un archivo con documentos inéditos para esclarecer las dudas... ¡y al desembocar de la propia calle, otro!

A nuestro modo de ver, si los amigos de Badajoz, los que vemos en el pasado de la ciudad algo que enraíza en lo íntimo de nuestros predecesores, algo en lo que los nuestros han tomado parte, han forjado y han sido, a su vez, moldeados por ello, queremos que la verdadera y gloriosa historia badajocera salga a la luz pública y que la aportación de la tierra a la hechura y cultura nacional sea conocida, hemos de frenar este exceso imaginativo y virar seca, violentamente, en el camino.

Tenemos que retroceder cincuenta años y recoger la herencia de Vicente Barrantes. No quiere esto decir que aceptemos por bueno todo lo que Barrantes hizo, no. Lo que hemos de ver en su obra es lo planeado más que la realización. El anhelo de dotar a Extremadura de un instrumento bibliográfico y documental imprescindible antes de escribir una sola línea de construcción histórica.

Se nos plantean tres problemas urgentes. El primero es el de las excavaciones. Encierra Badajoz tal cúmulo de sorpresas arqueológicas que en cualquier parte que se arañe el suelo surgen vestigios importantísimos. Prueban hasta la saciedad estas indicaciones los trabajos que en silencio, sin ayuda de nadie, contra viento y marea, realiza desde hace años don Jesús Cánovas Pessini.

Pavimentos de mosaicos tetracromáticos, pantano romano de Las Tomas; maravillosa colección de mármoles visigodos que están diciendo a gritos el brillante pasado cristiano; lápidas completas y fragmentarias árabes que hoy se exhiben en el pequeño museo arqueológico local; lienzos medievales de muralla; interesantísimos hallazgos de construcciones militares más modernas (arco, escaleras, pasadizo, etc.) junto a la Galera, etc. Todo ello nos acucia a emprender una campaña sistemática y ordenada de exploración del suelo. No hablemos de la necrópolis prehistórica frente al Molino de la Tarasca, descubierta por don Benigno Pradilla y que se ha destruido en medio de la indiferencia y de la chacota de quienes más obligación tenían de velar por su seguridad y por su estudio científico y técnico.

La segunda tarea que se nos presenta es la de publicar una colección de documentos inéditos o poco conocidos útiles para la historia local. Día a día se están perdiendo textos valiosísimos por la incuria o el desinterés de sus propietarios: la ley permite a un inculto poseedor hacer lo que quiera con los documentos de sus antepasados, hasta tirarlos a la basura. Nuestro deber es copiar y editar esos valiosos testimonios de la biografía y la historia. Los fondos todavía ricos de la Catedral, nunca negados a quien con deseo de estudiar solicitó su consulta, son un buen filón para empezar. Y los de Protocolos, donde está viva la ciudad desde 1562. Y los del Ayuntamiento, que arrancan de los últimos años del siglo XVI. Dato curioso: el Ayuntamiento de Badajoz es el único, entre las capitales españolas, que no ha hecho ni una sola publicación de documentos históricos de su archivo. Cáceres, con el espléndido volumen de Ulloa Golfín—en pleno siglo XVII!—, con el catálogo de fondos históricos, hecho por Florianio, nos enorgullece como extremeños, nos avergüenza como ejemplo no seguido. Mientras no conozcamos y podamos leer los documentos, es inútil que queramos hacer nada serio.

Tercera labor imprescindible e inexcusable es el inventario de la riqueza artística que aún se conserva en nuestra ciudad. Lo más completo hasta la fecha son las cincuenta páginas (162 números) que figuran en el *Catálogo Monumental* del benemérito don José Ramón Mérida: de ellas 27 están consagradas a la Catedral y en 12 se inventaría todo lo que de artístico o arqueológico existe en la capital de la provincia, pues las 11 restantes están dedicadas al Museo. Todos los que hemos visto Badajoz sabemos que hay casas particulares que por sí solas darían motivo para llenar con la enumeración de sus primores algo más que esas doce páginas. No ha de quedar—siempre que sea posible—objeto sin su correspondiente cédula descriptiva.

Esto hemos de hacer. La tarea requiere desinterés y sacrificio y él es incompatible con la comodidad del *dolce far niente* y con la delictiva—delito de lesa—cultura pérdida de tiempo. Y también es incompatible—violentamente incompatible—con la posición de quienes no aspiran en estos trabajos más que a lograr satisfacción de vanidades, premios honoríficos o migajuelas presupuestales.

En provecho de un mejor conocimiento del pasado de nuestra ciudad

tenemos que despojarnos voluntaria y alegremente del doctoral empaque con que hasta aquí, oraculescamente, se ha actuado por algunos. Hay que perforar la capa de tierra que cubre los monumentos y aventar la de polvo que tapa los papeles aún existentes. Y sacar a la luz datos, muchos datos de todos los calibres: tiempo habrá de construir con ellos. Quizá no llegue nuestra generación—o nuestro grupo—a tener la fortuna de poderlos emplear, pero otros vendrán a recoger el fruto: en el fondo lo que importa no es la satisfacción de la vanidad, sino el servicio que se presta a la gloria del pasado.

Volvámos, pues, modestamente, al terreno familiar. Exhumemos, conozcamos y valoremos todas las *teselas* del gran mosaico constituido por nuestra aportación a la cultura, al arte y a la historia española. Solamente así conseguiremos hacer algo serio y Badajoz dejará de ser en los libros nacionales una expresión geográfica sin presencia real. Solo después de múltiples trabajos parciales, humildes si se quiere, podrá conocerse en su integridad global nuestra brillante tradición.

Mientras no se haga todo esto, es inútil intentar una labor sólida. La famosa *Psicología extremeña*, escrita sin conocer apenas media docena de hechos y nombres gloriosos, sin una raíz histórica honda, sin una comprobación documental copiosa, será todo lo que se quiera menos una tarea seriamente hecha.

• Será comenzar la Iglesia por la espadaña.

Reaccionemos contra todo eso.

Vuelta a empezar..

N. de la R.

Han pasado cuatro años desde que este «Prólogo», del ilustre erudito Rodríguez-Moñino, se publicó. Todo sigue igual. Durmiendo en el abandono. Nosotros fieles a lo que en él se dice lo damos hoy uniendo a su llamada la nuestra, con la esperanza de ser oídos.

EL SUICIDIO

(CUENTO)

POR JESÚS DELGADO VALHONDO.

Se llama este sitio donde estoy sentado, bajo el condolido y escuchado atardecer, el Barranco. Veo desde aquí rocas pardas, berroqueñas, envejecidas, con el silencio decadente de musgos secos, ya hartos de vida. Algunas hojas, venidas sabe Dios de donde, estallan su amarillo en suspiros melancólicos, abatidos, marchitos. La hierba me moja la quietud, la soledad medida en micras, de mi gastada carne, de mis aflojados nervios. El aire, completamente calvo, tiene frialdad de cuchillo de sacrificio. Es fino y sabe a acero nuevo.

El espacio que me rodea y separa de las cosas, es leve y comunicativo. Lo más interesante es una cruz de hierro—dicen que aquí mataron a un gitano—que le alborea un perdón dulce de caminante, un perdón en activo.

Con premeditación he escogido este sitio para arreglar mis cuentas. Esas cuentas que se arreglan sin papel y sin lápiz—el papel y el lápiz van perteneciendo a lo femenino—y para ello me he traído una pistola, que, de vez en cuando, acaricio para que no se vaya.

Estoy satisfecho, contento no puedo estar, del lugar elegido. Las ideas me saltan inquietas, como mariposas alrededor de la luz. Y la luz, en este caso, es mi cerebro.

Nací en Mérida. Pueblo que se pisa y siempre está uno lejos de él. Recuerdo el acueducto con las agudas sombras de las cigüeñas midiendo no sé que sueño perdido en la tierra. El anfiteatro era lucífugo—seguro que lo seguirá siendo—y los arcos del puente no conseguían jamás tener debajo un aire gordo para descansar. Salí de Mérida siendo niño, un niño enfermo, cristiano, barrido, para estudiar el Bachillerato. Y aquí empezaron mis desgracias, estas desgracias que a veces—tristemente—me las buscaba. Yo he tenido sueño y he dormido, después he tenido sueño y no he querido o no he podido dormir y por último no he tenido sueño y, por lo tanto, no he dormido. Tres etapas de mi vida.

Pero yo he venido aquí a otra cosa, a meditar y a matarme después, no a contarme lo de mi pasada vida, que demasiado bien lo sé.

Se me van las ideas por caminos distintos de los que deben llevar. Me recuerdan estas variaciones de mi pensamiento, aquella temporada—las penas no vienen solas—que tuve tan graves y serios disgustos con la muerte de mi mujer y el mayor de mis hijos; me distraía, me iba de mi dolor, viendo unos prados llenos de flores y escuchando una musiquilla, siempre alegre, hasta hacerme olvidar a los seres que se fueron. Verdad es que luego volvía a ella recriminándome. Ahora, en el final de mi vida, me sucede algo parecido.

¿Cuánto tiempo llevo aquí sentado? Una eternidad. ¡Yo sí que sé de la eternidad! ¡Qué viejo me encuentro, Dios mío!

* * *

Quando voy entrando en el pueblo—el día concibe al sol—me adelanta un hombre pardo, de esos que alguien a dado en llamar hijos de la tierra.